

Dinámicas e impactos de la represión en territorios rurales del nordeste argentino

Claudia Calvo
IIGG-UBA-Conicet

Las memorias campesinas

En el marco de otra investigación,¹ entre los años 2007 y 2013 recorría el monte en el departamento de Maipú, en Chaco, para estudiar el avance de la frontera agrícola a través del frente oleaginoso-sojero, la concentración y valorización de la tierra y la consiguiente expulsión del campesinado de sus tierras. En ese contexto tomé contacto por primera vez con la historia de las Ligas Agrarias en Chaco (en adelante, LACH), cuando los pobladores rurales más “viejos” mencionaban el impacto que la represión había tenido sobre los campesinos organizados y la estigmatización social construida en torno a las Ligas era una variable explicativa de la dificultad para construir organización en el campo.

No es casual que mi aproximación al fenómeno de las Ligas y la construcción del objeto de investigación haya emergido en aquellos años, cuando comenzó a “romperse el silencio” sobre lo que habían sido las Ligas Agrarias y ligado a ello, sobre la experimentación comunitaria de la violencia. Ambas dimensiones comenzaron a tomar estado público a raíz de una serie de acontecimientos, signados por el “relanzamiento” de la Asociación Civil Ligas Agrarias, en mayo de 2006, integrada y motorizada por exmiembros de las

¹ Véase Grupo de Estudios de Ecología Política, Comunidades y Derechos, en el marco del proyecto UBACyT S840 “Agriculturas familiares en escenarios de reconfiguración agroalimentaria y reorganización territorial” (2006-2009) dirigido por el doctor Diego Domínguez.

Ligas y vinculada a la estructura estatal por medio de la elaboración de políticas y gestión de recursos para el sector rural.

Más tarde, en julio de 2008, en el marco de la realización de talleres de cartografía social en los territorios campesinos,² los miembros de la organización Unión de Pequeños Productores de Chaco en Tres Isletas (Maipú) enseguida hicieron referencia a las Ligas Agrarias como parte del pasado reciente de la comunidad y del interior del campesinado en particular. De a poco fueron emergiendo vestigios de aquella organización en la experiencia propia, y así fue construyéndose una memoria de las Ligas como herencia que resuena en los relatos moldeada por las necesidades del presente.

Los talleres de cartografía social y de las Ligas Agrarias se replicaron en 2011, 2012 y 2013. Poco a poco entre los pobladores rurales aumentó la disposición para hablar del tema y la permeabilidad para preguntar sobre el pasado. En general, en estas reuniones todos los participantes tienen algo para contar de aquella experiencia, ya sea una anécdota, una duda o la sencilla afirmación de que las nuevas organizaciones campesinas son la continuación de las Ligas con otro nombre. En general, la evocación de esta historia emerge atravesada por los mitos, los hitos y los tabúes. En muchos casos son los hijos de los exmiembros, sobrinos o vecinos, quienes reponen ese pasado en el presente, a veces, mediante la elaboración de preguntas pendientes, que nunca fueron contestadas, y cuya respuesta surge en el diálogo grupal. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el tema de la lucha armada, tópico que en los talleres emergió como interrogante a ser tramitado colectivamente en relación a las responsabilidades y los compromisos de los pobladores en relación al pasado. En otros casos los interrogantes planteados son dirigidos explícitamente a quienes constituyen las voces locales “autorizadas” y legitimadas por la comunidad para contar la historia de lo que pasó en el departamento.

Durante el trabajo de campo tomé contacto con tres trayectorias de vida campesinas que tuvieron diversa participación en el proceso de movilización

² Se trató de la realización de talleres de cartografía social para la formación política ciudadana de comunidades y organizaciones campesinas desarrollados por el Grupo de Estudios de Ecología Política, Comunidades y Derechos del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-FSOC) del cual formo parte desde el año 2007. Véase proyecto “Construyendo Territorios Campesinos: cartografía social y formación política ciudadana” (Programa de Voluntariado Social) Director doctor Diego Domínguez.

ción social y radicalización política en el campo durante los años sesenta y setenta. En primer lugar, en mi primer viaje de campo en 2007 conocí a don Ramón Chávez, partícipe activo de las Ligas Agrarias en el pasado, fue un cuadro político medio que desempeñó tareas como delegado zonal de Maipú. Chávez es a la vez un custodio y emprendedor de las memorias, militante de organizaciones rurales surgidas en democracia, así como un promotor activo de las “nuevas” Ligas, reeditadas en la actualidad³. Él mismo se refirió a la experiencia de la represión al movimiento liguista y a la comunidad rural en general cuando le pregunté por los problemas actuales del campesinado en la zona. Rápidamente Chávez se convirtió en un “narrador clave” para nuestra investigación.

En segundo lugar, durante el trabajo de campo en 2011 establecí contacto con Osvaldo Quique Lovey, una de las referencias públicas más importantes de las Ligas de Chaco y de toda la región, por los compromisos políticos asumidos durante los años setenta en la conducción del movimiento.⁴ Este acercamiento pudo realizarse a través de la organización local de campesinos “Unión de Pequeños Productores de Chaco” (en adelante, UNPEPROCH), es decir, a través de una relación política que él como funcionario público mantiene con actores que representan a la población rural subalterna en la provincia. Este dato no es menor, ya que influyó y estructuró el relato de Lovey, quien organizó la evocación del pasado a partir de las necesidades y los compromisos del presente, específicamente atendiendo al rol que desempeña actualmente como Subsecretario de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar, en relación con las organizaciones campesinas y los reclamos del sector.

En tercer lugar, finalmente, durante un taller de cartografía social, realizado en julio de 2012, mientras participaba del equipo que mapeaba una zona

³ En mayo de 2006 en la localidad de Sáenz Peña, Chaco, se realizó el “relanzamiento” de las Ligas Agrarias, como Asociación Civil integrada por exmiembros del movimiento Ligas Agrarias tales como Quique Lovey, quien fue su máximo dirigente y actualmente, a su vez, desempeña el cargo de subsecretario de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar de la provincia. Como asociación civil, Ligas Agrarias tiene como fin atender y gestionar las necesidades del pequeño productor rural.

⁴ Lovey fue miembro del equipo nacional del Movimiento Rural y Secretario General de la Coordinación Nacional de las Ligas. En 1979, cuando se creó el Movimiento Peronista Montonero en Roma, fue designado Secretario General de la rama agraria.

del departamento junto a sus pobladores campesinos nucleados en UNPE-PROCH, surgieron anécdotas de la historia local cuyas huellas permanecían inscriptas en el espacio habitado. Uno de los pobladores partícipes del taller, comentó que debíamos hablar con su padre, quien había participado como delegado de su lote y conocía en detalle “lo que había pasado”. Un año más tarde nos encontramos con don Jobino Fernández, quien vive hace poco en el pueblo y nunca contó su historia en ámbitos públicos y poco fue lo que transmitió al respecto a su familia. Don Jobino había participado de las Ligas en su zona, llegando a desarrollar tareas como delegado de su lote, el 18, donde vivió durante la mayor parte de su vida junto a su familia. Allí asumió responsabilidades y un compromiso singular en relación al resto de las familias campesinas organizadas en el paraje.

Representaciones de la represión en las trayectorias vitales de don Jobino, Ramón Chávez y Quique Lovey

La experiencia vivida durante la represión asumió características singulares en las historias de vida examinadas en la presente investigación. Don Chávez permaneció preso durante prácticamente toda la dictadura militar iniciada en 1976. Su relato está signado por la referencia carcelaria: la diferencia entre el adentro (de la cárcel) y el afuera, insistiendo continuamente en lo mal que pasaron los compañeros que quedaron “afuera” durante el régimen militar. Lovey también fue detenido, en dos oportunidades en el marco de regímenes democráticos, previo y posdictatorial; durante la dictadura, permaneció escondido en el monte junto a otros militantes liguistas, algunos de los cuales han sido asesinados, hasta que logró exiliarse. Don Jobino, sufrió la represión en la colonia; en una ocasión estuvo detenido algunas horas, aunque él no reconoce necesariamente haber padecido en aquel suceso la situación de detenido-desaparecido. En el lote 18 acompañó a varios dirigentes liguistas que permanecían escondidos en el monte, con quienes mantuvo canales de comunicación periódicos; experimentó amedrentamientos, interrogatorios y allanamientos de su casa en sucesivas oportunidades.

Quique Lovey fue detenido junto a su esposa y el abogado de la organización, Luis Rodríguez, el 18 de abril de 1975 en el departamento de Maipú. Se trató de la primera detención ilegal de un miembro de las LACH. Permanecieron 111 días detenidos, primero en la comisaría de Tres Isletas y luego en Resistencia,

en la Brigada de Investigaciones, hasta que él y su esposa fueron liberados en septiembre del mismo año, mientras que Rodríguez fue trasladado a la cárcel de máxima seguridad en Rawson donde permaneció preso un tiempo más.

A medida que pasaron los meses, la situación represiva se iba agudizando a nivel nacional y local. En ese mismo periodo detuvieron al padre y al hermano de Quique, quienes permanecieron presos en la Alcaidía de Resistencia durante al menos un año. Es entonces, en septiembre de 1975, que el grupo de dirigentes liguistas más comprometidos, entre los que se encontraba Lovey, decidió esconderse en el monte, escapando de la persecución, dado que no encontraban formas para concretar el exilio. Pero también, porque el monte significaba un territorio seguro, conocido y familiar para el campesinado, por ello fue un recurso necesario y recurrente. Frente a la persecución no había sitio más efectivo. Permanecieron durante tres años viviendo en el monte, hasta que, aprovechando la situación festiva del Mundial de fútbol de 1978, lograron salir del país rumbo a Brasil primero, luego México y posteriormente España. Luego, la experiencia del exilio se transformó en la búsqueda de métodos para que otras familias liguistas también puedan escapar, ayudar a salir del país a otros compañeros.

Según el relato de Lovey, en aquel entonces los dirigentes de las Ligas como él eran conscientes de la magnitud de la empresa represiva. Aún a pesar de haberse escondido en el monte antes del golpe de Estado y perdido los canales de comunicación e información más fluidos respecto de la situación general que atravesaba el país, en sus evocaciones Lovey menciona haber sido consciente de que el avance represivo era producto de una política de Estado que se proponía dismantelar la organización popular en todos sus niveles. En ese sentido, establece una diferencia entre la dirigencia y las bases sociales campesinas, en quienes considera que estuvo apuntado el objetivo de dismantelamiento del movimiento liguista, y que por el propio proceso de involucramiento y formación, en aquel entonces las bases no podían dimensionar la magnitud de la represión. Enmarca una distinción entre quienes dimensionaban lo que estaba ocurriendo y el desconocimiento de las bases sociales menos involucradas, pero no por ello menos comprometidas, esto es, la falta de información que las familias campesinas “anónimas” tenían y a quienes la represión logró paralizar, desmembrando el lazo social y las redes comunitarias que sostenían el movimiento.

De ese modo, en las representaciones que Lovey expresa sobre el impacto de la represión, la paralización de las bases fue el terreno desde el cual se implantó el proceso de estigmatización, de gran efectividad por su persistencia aun con la vuelta de la democracia. Fue confirmado con su regreso a Machagay en 1984, cuando sus propios vecinos, que habían sido parte del proceso de movilización rural durante los setenta, dejaron de saludarlo, de hablarle y acercarse por sus supuestas responsabilidades durante los años de violencia y terror, porque su pasado liguista lo volvía un ser extraño y peligroso para la comunidad.

Poco tiempo antes del retorno democrático, Lovey volvió al país clandestinamente, permaneciendo en Buenos Aires hasta 1984, cuando emprendió su regreso a su colonia de origen en Chaco, en la zona de Machagay. Sin embargo, al año siguiente en 1985, fue nuevamente detenido y acusado de “asociación ilícita”, por su presunta participación en la llamada “conferencia de prensa en Roma” (realizada en 1977 por los montoneros) y por haber publicado supuestamente dos notas en la revista *Vencer*, de idéntica conducción. Por el verano del 85, una patrulla integrada por cinco vehículos, sin patente, y numeroso personal armado, lo detuvo, llevándolo a Resistencia y luego a Buenos Aires, a la cárcel de Villa Devoto, donde permaneció hasta 1987.⁵

Por otro lado, el impacto de la represión en la trayectoria de vida de don Ramón Chávez asumió características que aparecen de manera fragmentaria en sus memorias y en las de su esposa, Mirta. Si en el testimonio de Quique Lovey la evocación del pasado asume un carácter compacto, sin fisuras, (ya ha narrado sus memorias en otros ámbitos del espacio público), en el caso de don Chávez, por el contrario, su testimonio resulta difícil de comprender, no solo en relación a la conexión de las palabras y las ideas que elabora, sino principalmente por el tono de su voz, sumamente baja, casi imperceptible, y la disposición de su cuerpo, permanentemente encogido de hombros. Chávez expresa emociones traumáticas, una “memoria emocional”, es decir, lo que recuerdan los nervios y la piel (Morrison, 1995, p. 306).

Luego del golpe de Estado en marzo de 1976, don Chávez quiso esconderse en el monte, el lugar más seguro y mejor conocido por el campesinado,

⁵ Véase entrevista a Quique Lovey realizada por Mona Moncalvillo. Publicada en *Revista Unidos*, N.º 11/12, octubre de 1986.

frente a los riesgos que implicaba la acentuación de la política represiva y de la persecución a los delegados en las colonias. Pero fracasó en su intento, al no poder tomar contacto con sus compañeros que ya se encontraban allí, entre ellos, Quique Lovey. Junto a su familia padeció la persecución de manera cotidiana, con allanamientos recurrentes de la gendarmería y la policía local a su casa y la de sus parientes. Hasta que decidió irse, primero a la casa de su tío, luego de su hermana, quedando aislado del conjunto de familias campesinas organizadas. Lo buscaban por “guasuncho”, el apodo con el que se lo conocía en la zona. “Guasuncho” era sinónimo de Ligas Agrarias en Maipú, la personificación de la organización de las colonias rurales, por eso su detención implicaba un impacto simbólico muy alto para el conjunto de las familias campesinas y de la localidad en general.

La policía detuvo a don Chávez por primera vez en 1977. En esa ocasión fue liberado al poco tiempo, pero detenido nuevamente al mes siguiente. Entonces comenzó una larga trayectoria de encierro con traslados periódicos de comisarías a penales y cárceles de máxima seguridad. De la comisaría de la provincia de Corrientes, los trasladaron primero a la Brigada de Investigaciones en Resistencia y luego a la Alcaldía. Allí permaneció aproximadamente un año y medio. Según su relato, esos fueron los tiempos más duros, en relación a las vejaciones sufridas en el encierro (tortura, interrogatorio, pésimas condiciones de vida). En aquel entonces pensó que no sobreviviría. Más tarde, fue trasladado a la Unidad N.º 9 de La Plata, luego a la cárcel de Devoto y finalmente fue llevado a la cárcel de Rawson, hasta su liberación definitiva en diciembre de 1982.

Durante los años de encierro, su esposa Mirta con su pequeño hijo de dos años, Petete, siguieron sus pasos mudándose de ciudad en ciudad para poder visitarlo y permanecer cerca de Ramón. Para sobrevivir Mirta trabajó como empleada doméstica en casas de familia. En los primeros tiempos, mientras don Chávez se encontraba preso en Resistencia, Mirta lo buscaba en las comisarías de la ciudad con desesperación. La engañaban sobre su paradero, como en otros casos de familiares en búsqueda de desaparecidos, le inventaban historias sobre desengaños amorosos, sobre supuestos viajes y huidas a otras provincias, etc. Hasta que en una de las oportunidades en las que reclamaba por el paradero de su marido ella misma fue detenida ilegalmente en la Brigada de Investigaciones. Permaneció detenida-desaparecida durante un mes.

Chávez fue liberado a fines de 1982, luego de siete años de encierro bajo la condición de preso político. Regresó al Chaco con su familia intentando recuperar su lugar en el mundo, sus afectos y su tierra. Al retornar muchos compañeros ya no estaban, algunos en el exilio, otros permanecían desaparecidos, otros habían sido asesinados. En sus evocaciones rescata la reacción de la gente que se sorprendió al reencontrarlo en el campo y en el pueblo, pues lo creían muerto luego de tantos años de ausencia. Además, tras del desarraigo, don Chávez y Mirta se encontraron con una comunidad rural transformada tanto en su geografía, por el avance de la frontera agrícola vía los desmontes, como en su red de relaciones sociales y culturales, atestada por la migración rural tras el desmantelamiento del complejo agroindustrial aldonero.

Un aspecto que destacan Don Chávez y su esposa Mirta es la persistencia del estigma en torno a las Ligas, que experimentaron con el retorno a Chaco hacia el final del periodo dictatorial y comienzos de la democracia. Para Chávez una manera de sortear la mirada estigmatizante y la indiferencia de los vecinos en la comunidad fue la rápida vinculación con la estructura local del peronismo, desde donde logró reconstruir una red de contención y una identidad colectiva, tras la experiencia de la detención.

Además del reacercamiento al peronismo don Chávez señala la identidad liguista como un elemento que le facilitó reintegrarse en la comunidad local, pese a la negación y miedo instalado sobre la organización. No tanto por lo que significaban las Ligas en el imaginario social de la región, sino por los vínculos que tras esta pertenencia había estrechado durante el contexto de lucha y organización. Tras la salida de la cárcel y el retorno al campo, la ayuda recibida por Lovey como por otro vecino a quien durante los años setenta las LACH habían defendido del intento desalojo sufrido, fueron posibles por su pertenencia al liguismo.

Tal como ocurre en el relato de Lovey, don Chávez señala que tenía absoluta noción de que la violencia estatal y paraestatal podía ser un desenlace posible en el contexto del proceso de radicalización social y derechización gubernamental, pero no podía dimensionar que se trataría de un plan sistemático de eliminación de la oposición ni la magnitud que este tendría.

Don Jobino también señala haber estado al tanto de lo que ocurría durante el periodo más intenso de represión estatal y paraestatal. Como suceso emblemático de la violencia estatal, menciona la masacre de Margarita Belén

que tuvo lugar el 13 de diciembre de 1976, de modo que la represión dictatorial es examinada como un fenómeno dirigido a toda la militancia política más allá de su experiencia personal en las Ligas. Por otro lado, al mencionar la persecución que padecieron las Ligas, Jobino se percibe con cierta exterioridad a los hechos rememorados, como si él y su familia no hubiesen experimentado la represión, pese a haber sufrido allanamientos de su casa, interrogatorios y la propia detención ilegal (aunque no llegó a permanecer detenido en un centro clandestino).

Al comenzar a evocar la propia experiencia de la represión en su trayectoria de vida, Jobino menciona la cotidianeidad de los amedrentamientos y la sistematicidad con la cual los militares, la policía y otras fuerzas de seguridad, estatales y paraestatales, sembraron un profundo miedo en el campo. En su caso personal, menciona la sistematicidad de las “visitas” que recibía de las fuerzas de seguridad y la insistencia en la delación. Don Jobino, siendo delegado del lote, tenía información y comunicación con los dirigentes de las Ligas escondidos. Incluso antes del golpe del 76 Jobino sufría un control permanente, recibía esas “visitas” en su domicilio, casi siempre de la policía, quien lo interrogaban sobre los compañeros, lo instaban a delatar.

Parte de las prácticas de resistencia campesina, particularmente de los liguistas más comprometidos frente a la persecución sistemática del ejército, fue el “perdersé” en el monte. Muchos activistas han permanecido allí, manteniendo el mínimo contacto con la comunidad e incluso a veces perdiendo todo contacto. Jobino acompañó la experiencia de los compañeros de la colonia que “se perdieron”. Vecinos, amigos y referentes de la organización, como Carlos Piccoli estuvieron escondidos en el monte manteniendo contacto con Jobino aun en los momentos de mayor recrudescimiento de la persecución y hostigamiento de las fuerzas de seguridad. En el caso de Piccoli, don Jobino siente una profunda estima cuando habla de él, se emociona por su pérdida y por lo que significó para el campesinado en la región. Recuerda el periodo de la clandestinidad, y su rol como vía de comunicación con los compañeros escondidos en el monte. Tanto en la palabra hablada como en el tono de la voz y la disposición de su cuerpo frente al recuerdo doloroso, se registra la valoración de Jobino hacia el referente liguista por su entrega y convicción, y también se percibe el lamento por su destino final de muerte y entrega.

Uno de los sucesos más impactantes del relato es la evocación de su propia detención, durante la dictadura, junto a otros militantes de las Ligas, uno de los cuales se encuentra desaparecido. Llamativamente Jobino no se asume como un exdetenido-desaparecido, a lo sumo, reconoce, con cierta dificultad, haber permanecido detenido ilegalmente durante varias horas, pero ese suceso simplemente constituye una anécdota, entre otras posibles, sobre la dinámica de la vida cotidiana en el campo en contextos de represión. Esa modalidad de experimentar la detención se vincula con la rutinización que el hostigamiento tuvo en el ámbito rural, la densidad que adquirió la represión en la vida cotidiana del campesinado en Chaco, tornando hechos como la privación de la libertad y la incomunicación en vejaciones automatizadas, imperceptibles y naturalizadas.

Las memorias “anónimas”: de estigmas, tabúes, héroes y víctimas

En las bases sociales que tuvieron participación en las Ligas las narrativas sobre la experiencia de la represión consisten en evocaciones relativamente inéditas, compartidas por el conjunto de las familias campesinas “anónimas” partícipes de ese pasado. Expresan el sentido común y los imaginarios sociales locales y comunitarios sobre dicha experiencia. Ello se verifica en los talleres de reflexión sobre las Ligas, donde grupalmente las familias campesinas recuerdan lo vivido en el diálogo con otros. Sobre todo en los primeros años del trabajo de campo, las Ligas representaban algo de lo que no era fácil hablar, en parte por miedo, en parte porque ese pasado muy tardíamente comenzó a formar parte de la historia local “oficial” y pública, a través de su enseñanza en la escuela y su difusión por los medios de comunicación y por medio de organismos estatales.

En primer lugar, en el proceso de selección de la memoria, la “crueldad” de lo acontecido y la “densidad” de la represión (en relación a las marcas corporales, espaciales y sonoras) son adjetivaciones comunes con las que se evoca la experiencia del pasado, las variables explicativas respecto del miedo sembrado masivamente en los pobladores y el argumento mediante el cual explican la dificultad para volver a organizarse y participar desde la vuelta de la democracia en adelante. Así lo expresan las evocaciones de las memorias locales más anónimas sobre los efectos largo plazo de la experiencia represiva.

va. Por otro lado, en las evocaciones sobre la experiencia represiva reponen la dimensión cotidiana y continua de la persecución en los territorios rurales, poniendo énfasis en la densidad con la cual las familias transitaron aquel periodo, e internalizaron el miedo, la desconfianza mutua y el silencio.

Evocar la experiencia traumática y el tabú solo se vuelve posible en el proceso colectivo de interacción social. Para Jelin (2002) lo colectivo de las memorias es el entretendido de memorias y tradiciones en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos. Esta perspectiva permite tomar las memorias colectivas no solo como datos “dados”, sino también centrar la atención sobre los procesos de su construcción, en términos de emergencia y procedencia⁶. En efecto, según Pollak (2006) algunos acontecimientos ligados a experiencias vividas por la persona o transmitidas por otros; fundados en hechos concretos o en proyecciones o idealizaciones a partir de otros eventos, permiten un mínimo de coherencia y continuidad necesarias para el mantenimiento del sentimiento de identidad. Así, en segundo lugar, en cuanto elemento “invariante” subyace en los relatos el estigma de haber sido un pueblo “subversivo”, en relación al hecho, señalado con expresiones peyorativas, de que las LACH hayan formado parte del accionar guerrillero. Pero estos sentidos no son planteados tanto como afirmaciones o acusaciones sino como interrogantes pendientes, cosas que nunca se dijeron, surgidos por la necesidad de tramitar el pasado para mantener el sentimiento de pertenencia y continuidad del grupo y del sí mismo.

En este marco, adquiere especial relevancia el tema de la lucha armada y la relación de las Ligas del Chaco con la organización Montoneros. En las memorias campesinas, esa asociación es negada una y otra vez, aunque sobrevuelan los rumores y la pregunta por la presencia de armas y por la existencia de subversivos en las Ligas. Este interrogante retorna continuamente adquiriendo una presencia singular en la transmisión intergeneracional de la identidad liguista. Emerge particularmente en los espacios grupales de configuración de memorias y representaciones sobre las Ligas, en el diálogo

⁶ En el sentido de Foucault (1992), para quien la procedencia se enraíza en el cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos. La genealogía, en tanto análisis de la procedencia, se encuentra en la articulación del cuerpo y la historia. Por su parte, las emergencias designan lugares de enfrentamiento, se producen en un determinado estado de fuerzas.

go vertido durante los talleres de reflexión en el que interactúan antiguos y actuales compañeros, los hijos, los sobrinos y otros vecinos vinculados al pasado liguista. El tópico de las armas y la guerrilla retorna no solo a partir de coincidencias y acuerdos en torno a la caracterización del pasado, sino también desde los contrapuntos e inflexiones que se van delineando respecto del recuerdo sobre el pasado.

En la interlocución entre los miembros de la comunidad, entre “ellos” frente a los “otros”, el “nosotros” reconstruido en el imaginario respecto de las trayectorias personales y comunitarias en el pasado puede ofrecer fuertes contrastes, valoraciones cambiantes y hasta opuestas, según la narrativa. Por ejemplo “héroes”, “víctimas” o “culpables”. Estas mezclas y contaminaciones que producen las voces de los actores generan un repertorio de respuestas variadas que pueden convivir en la narrativa como aspectos de la misma cultura popular campesina, como un magma en permanente ebullición (Isla, 2003). Para Da Silva Catela (2003) un mismo episodio de violencia puede ser usado como emblema de la memoria de las luchas sindicales y obreras argentinas, o como estigma para una comunidad que recuerda cómo fue tachada de subversiva y comunista. Memorias e identidades estigmatizantes o emblemáticas entran en disputa y negociación.

Así, para muchos campesinos evocar la experiencia de las Ligas y de la represión a través de sentidos peyorativos (hablar de terroristas, extremistas, etc.) no invalida la posibilidad de reconocer, a la vez, en las LACH, un ejemplo valioso en relación a la defensa de las propias reivindicaciones y a la conquista de derechos. A pesar de las dificultades para hablar del pasado reciente surgen de manera contradictoria y en simultáneo con la presencia del estigma otras representaciones en los mismos testimonios que reconocen en las LACH una experiencia ejemplar. Se trata de los mismos testimonios que asimilan la experiencia de las LACH con la subversión, y al mismo tiempo se definen como herederos de dicho pasado y responsables de ese legado. Incluso, en ciertos casos, la glorificación de la experiencia de las LACH emerge como un pasado immaculado, pero sin embargo no reeditable en el presente. Cabe señalar que estas evocaciones contradictorias, en la mayoría de los casos, pertenecen a miembros de grupos campesinos surgidos en democracia, y en ese sentido, posiblemente, las herencias del pasado les resuenen como pautas para las tareas del presente y las expectativas de futuro. Así lo carac-

teriza uno de los militantes actuales de las organizaciones campesinas con pasado liguista.

La evocación colectiva del pasado compartido es un proceso creativo, dado que los procesos de recepción no son pasivos sino que suponen la elaboración reflexiva y emotiva. Así, el pasado se presenta siempre como un contenido “moldeable”, es decir como una cuestión inevitablemente política: además de ser rememorado, puede ser reactualizado de múltiples formas. En el caso estudiado el sentido otorgado al pasado de manera simultánea presenta aspectos diversos, sobre todo en relación al reconocimiento de las trayectorias de militancia liguista (héroes, víctimas, demonios): en las evocaciones se expresan miradas contradictorias que conviven sin poner en tensión el imaginario social colectivo. Por ejemplo, por un lado, en las siguientes citas se expresa la memoria de las LACH como la de una experiencia de la que ninguna familia campesina en Maipú pareciera haber quedado afuera. Por el otro lado, en otros relatos se acentúa el aspecto “peligroso” de la experiencia de las LACH, recordándolas como responsables de actos “extremistas”, y a sus miembros como sujetos peligrosos aun cuando, en ciertos casos, se trataba de la propia familia. Tales sentidos emergen en las memorias anónimas del campesinado.

Nos interrogamos sobre los motivos por los cuales los exliguistas, sobre todo quienes configuran las memorias y representaciones más anónimas y subterráneas sobre el pasado reciente (y a la vez más cotidianas y personales), en sus evocaciones asumen la estigmatización como una adjetivación escasamente cuestionada. En simultáneo, existen fragmentos del relato que ofrecen un distanciamiento con el estigma “no somos subversivos”, afirman. Una hipótesis posible ante dicha forma de tramitar la experiencia propia y comunitaria consiste en suponer que tras la estigmatización se evidencia un modo de elaboración que aún se encuentra “en tránsito”; que la reflexión sobre el pasado es un proceso en curso y contradictorio, que aún no se puede vivir plenamente con orgullo, sino que las familias campesinas asisten a un procesamiento conflictivo de esa experiencia.

Diferente es el caso de las memorias de las Ligas que han podido emerger en el espacio público, o al menos tener cierta visibilidad tras el relanzamiento de la Asociación Ligas Agrarias a partir de mitad de década del 2000. En efecto, el análisis sobre la relación entre el estigma y las memorias de la

represión puede examinarse desde el punto de vista del papel de los “emprendedores de la memoria” (Jelin, 2002), lugar que en mi investigación asumen fundamentalmente Quique Lovey y don Chávez, ambos promotores del relanzamiento de las Ligas como un espacio de gestión de políticas rurales. A su vez, en ambos casos el nivel de formación política y responsabilidades hacia fuera y dentro de la organización es relativamente mayor al del resto del campesinado con pasado liguista. A través suyo los procesos de estigmatización intentan ser transformados en virtud. Tanto mediante sus evocaciones como a partir de las tareas que desarrollan en la actualidad en la ejecución de políticas para los pequeños productores transforman las representaciones vinculadas al estigma y las acusaciones en un ejercicio de comunicación y reconocimiento. Ambos influyen en el sentido dominante de aquellos que se sienten avergonzados por ser señalados como “terroristas”; reponen el trasfondo de la represión, sus objetivos políticos y económicos y la efectividad del proceso dictatorial; transforman el estigma arraigado en el liguismo, tornando humanos a los desaparecidos y célebres (y vigentes) a los compromisos políticos; habilitan la comprensión del activismo liguista, sin compasión pero sin culpa, comprendiéndose a la vez a sí mismos; volviéndose vecinos y recuperando el sentido y la tradición comunitaria. Así, diversos elementos del modo de vida y la cultura propia, en tanto pecados o defectos que los dominantes achacan a los dominados tienden a ser transformados de hecho, en estrategias de resistencia y/o expresiones de un proyecto político común. En última instancia, mediante la activación del vínculo entre estigma y memoria, estos emprendedores facilitan la convivencia entre los sentidos contrapuestos sobre el pasado (héroes y demonios), y la tramitación de cuentas pendientes, preguntas, dudas, vacíos y no dichos sobre aspectos del pasado negados o difíciles de narrar. Pero también estos emprendedores de la memoria enmarcan los sentidos otorgados al pasado liguista y a la represión en el contexto general de los proyectos políticos en pugna (pasados y presentes), poniendo de relieve en sus propias memorias la necesidad de inscribir el pasado en la coyuntura política actual del país mediante una explicación teórica y conceptual sobre lo evocado.

De algún modo, en estos relatos se vislumbra cierto salto en la temporalidad, en el sentido de que las nuevas Ligas, surgidas en los años 2000, hacen referencia a las LACH de los años 70 y no a otros relatos e identidades políti-

cas como por ejemplo los surgidos en los años noventa y ochenta (la narrativa humanitaria, el movimiento de derechos humanos, el movimiento piquetero, o la crisis de los años 90 sobre el conjunto del campo popular). Ello se manifiesta principalmente en la selección del nombre “ligas agrarias” para un nuevo espacio político que tiene diferente estructura organizativa, objetivos y alcance. Se trata de una experiencia prácticamente inédita en la que casi cuarenta años más tarde una organización se adjudica un nombre del pasado con la carga simbólica, política y emotiva que lo acompaña. Ese salto temporal puede responder a diversos y cambiantes motivos, entre ellos, por ejemplo, la distancia que posiblemente existió entre las organizaciones de derechos humanos locales, surgidas en los ochenta, y las familias campesinas que habían experimentado la represión. En Chaco existe una tradición en cuanto al tema de los derechos humanos, pues existió una comisión bicameral que investigó la represión. Quizás esa comisión haya trabajado sin conexión con las luchas sociales del movimiento rural y sus referentes históricos.

En efecto, en las nuevas ligas no existen referencias a la lucha humanitaria ni evocaciones sobre la lucha de los organismos de derechos en Chaco. Lo cierto es que las nuevas ligas están en gran medida formadas por viejos dirigentes rurales y del peronismo chaqueño y, al menos discursivamente, apelan al ideario revolucionario que acompañó el contexto social y político de los primeros años setenta, en el cual también se inscribieron las viejas ligas. Asimismo, se presentan como la continuación de aquel ideario y como la materialización de reivindicaciones interrumpidas por el flagelo de la represión. Por eso la referencia con las LACH se vuelve prácticamente ineludible.

Tras estos testimonios, cabe preguntarse, finalmente, en qué medida frente al intenso proceso de estigmatización e invisibilización del pasado liguista, los emprendedores de la memoria (también emprendedores de las nuevas ligas agrarias) no tienden a mitificar un nuevo relato, el del pasado glorioso, mediante la conceptualización de su versión del pasado (la experiencia ejemplar y sin fisuras de las Ligas) tanto en el espacio público como hacia el interior de la comunidad campesina. Esta nueva mitificación del relato, en consonancia con las memorias de la militancia heroica construidas a nivel nacional, constituye un relato canónico sobre las Ligas Agrarias en Chaco que sin embargo, soslaya un aspecto central de las memorias: las contradicciones y matices sobre el pasado, aspecto que fácilmente puede convivir en

las memorias locales y anónimas sobre dicha experiencia que surgen de la interacción cara a cara. Es así como emergen tensiones entre las memorias públicas y las memorias subterráneas sobre las LACH.

Conclusiones

Las historias de vida examinadas proceden de familias campesinas. Provenientes de Corrientes, estas familias migraron a Chaco para la cosecha del algodón durante las primeras décadas del siglo XX, y así fueron asentándose de manera definitiva mediante al acceso a tierra despoblada, dando lugar a lo que podría llamarse un proceso de “campesinización”. Esta cuestión me permitió considerar la existencia de memorias típicamente campesinas sobre el pasado reciente en el nordeste argentino, y elaborar una caracterización de los años de movilización social y violencia política en el campo chaqueño desde el punto de vista de sus protagonistas, es decir, no “contaminadas” por la mirada de la militancia urbana estudiantil, obrera o eclesial que efectivamente participó de la experiencia de las Ligas. En segundo lugar, todos los testimonios examinados en la presente investigación fueron vertidos en contextos grupales, y por ello, los sentidos que circulan en torno a este pasado se construyen en el diálogo, el intercambio de opiniones, la escucha, el silencio y el disenso. En el caso de las historias de vida, las evocaciones sobre el pasado reciente tuvieron lugar tanto en contextos familiares como junto a compañeros de militancia pasada y actual. Las memorias anónimas del campesinado chaqueño fueron vertidas en grupos de vecinos y entre miembros de diversas organizaciones de la provincia, en contextos en donde participaban quienes había vivido directamente la experiencia liguista como quienes conocen el pasado mediante la transmisión oral de “los más viejos”. Así, los testimonios analizados se construyen en el marco de los debates, acuerdos y desacuerdos, silencios y no dichos; son influenciados tanto por la relación establecida con la investigadora, como por la presencia del grupo de pares (familia, vecinos, amigos, compañeros), con quienes interactúan cara a cara cotidianamente.

Cada testimonio examinado es singular en relación a las emociones, necesidades y expectativas desde donde el pasado es evocado. En primer lugar, el discurso de Osvaldo “Quique” Lovey sobre su experiencia en las Ligas Agrarias se encuentra permeado por sus compromisos actuales en la gestión pública del gobierno provincial, enmarcado en el proyecto de gobierno

nacional. Así, continuamente establece lazos directos entre las viejas y las nuevas ligas, superponiendo los proyectos y objetivos de cada una, más allá de las divergencias de ambas experiencias en cuanto al sujeto social “Ligas Agrarias” que representan y obviando las distancias que existen en relación al contexto político, económico y social en Argentina durante los años setenta y la actualidad. En segundo lugar, las evocaciones de don Ramón Chávez están organizadas por cierta preocupación en cuanto a las posibilidades de reeditar procesos de organización y lucha en el campo, tras el miedo sembrado por el terrorismo estatal y paraestatal, cuyo fin consistió en el desmantelamiento del movimiento cooperativo y de los lazos de solidaridad forjado en las colonias rurales. Así, al evocar su experiencia en las Ligas, Chávez hace hincapié en la vigencia y el alcance que tuvo el proceso de estigmatización en torno a la militancia y la participación en las Ligas Agrarias. De ese modo, transmitir la experiencia de las Ligas es para Chávez un mecanismo con el cual suscitar las condiciones de posibilidad para que resurjan procesos de organización y lucha campesina. Chávez es así un ferviente emprendedor de las memorias campesinas en el Chaco. En tercer lugar, las necesidades que impulsan a don Jobino Fernández a evocar su experiencia en las Ligas consisten, no tanto en sus propios deseos y expectativas, como en un sentido de la responsabilidad histórica que tiene a sus 87 años por haber vivido algo que las nuevas generaciones desconocen. Tal es la razón por la cual acordó con la propuesta de brindar su testimonio para la presente investigación. Por otro lado, las evocaciones de don Jobino están permeadas por cierta honra a los viejos referentes de las Ligas, con quienes mantuvo un vínculo estrecho, aun durante la clandestinidad de estos. No contó al interior de la comunidad su experiencia de organización y las vejaciones sufrida tras la persecución. Finalmente, su testimonio se encuentra moldeado por una intensa emoción: ser incapaz de contar lo que vivió; sensación atribuida al hecho de ser campesino, a la falta de formación y/o escolarización.

Por otro lado, las evocaciones sobre la represión presentan variaciones según se trate de elaboraciones públicas del pasado o representaciones subterráneas (comunitarias y familiares). En estas últimas las evocaciones sobre la represión son relativamente inéditas, a lo sumo compartidas al interior de las familias campesinas; expresan el sentido común y los imaginarios comunitarios sobre ese pasado; dan cuenta de la dimensión cotidiana y constante

de la persecución donde el pasado emerge como “tabú”; en estas evocaciones existe cierta internalización y transmisión intrageneracional de la desconfianza mutua y del silenciamiento; resaltan la crueldad y la densidad de la represión, como variables explicativas del miedo y la dificultad para volver a organizarse. En segundo lugar, en las evocaciones subterráneas de la experiencia represiva persiste el estigma de haber sido un pueblo subversivo; la asociación con la guerrilla sobrevuela en los rumores y murmullos de los espacios colectivos. Se trata de una representación que surge continuamente en forma de interrogante, no tanto como afirmación sino como duda, como un pendiente que adquiere una presencia singular en la trasmisión generacional del pasado. De ese modo, las Ligas son calificadas simultáneamente como héroes, víctimas y culpables. La asunción de la estigmatización como una adjetivación escasamente cuestionada, una elaboración del pasado que aún se encuentra “en tránsito”, en curso. Nos interrogamos si ello significa que la experiencia de las Ligas aún no puede ser vivida plenamente con orgullo; es decir, si en el campo chaqueño el campesinado todavía se encuentra recorriendo de manera conflictiva esa experiencia.

Las memorias oficiales y públicas se encuentran permeadas por el relanzamiento de las nuevas Ligas y los diversos actos de homenaje y conmemoración realizados desde mediados de la década del 2000 en adelante. Destacamos en este tipo de evocaciones la importancia del papel de los emprendedores, como Chávez y Lovey, quienes intentan transformar en virtud de la experiencia que ha sido estigmatizada; tornan humanos a los desaparecidos y vigentes a los compromisos políticos asumidos en las viejas Ligas; apuestan a inscribir este pasado en la coyuntura política actual mediante una explicación teórica sobre lo ocurrido. Las nuevas ligas se referencian en el movimiento político de los años 70, se presentan como la continuación de aquel ideario y como la materialización de las reivindicaciones interrumpidas por el flagelo de la represión. Nos interrogamos si estos emprendedores tienden a mitificar un nuevo relato, del pasado glorioso, mediante la conceptualización y teorización de su versión del pasado (las Ligas como experiencia ejemplar, sin fisuras) tanto en el espacio público como al interior de la comunidad campesina, mitificación que va conformándose como relato canónico sobre las Ligas, el cual sin embargo, soslaya un aspecto central de las memorias: las contradicciones y matices sobre el pasado que fácilmente pueden convivir

en las memorias locales y anónimas, en las evocaciones que surgen de la interacción cara a cara, menos “políticamente correctas” ya que permanecen poco encuadradas y son más laxas, pues carecen de exigencias públicas con el presente.

Finalmente reponemos algunos aspectos respecto de la singularidad de los testimonios examinados en relación al modo como fue experimentada la represión. En primer lugar Quique Lovey tiene un relato compacto y preciso respecto de lo que fue y lo que implicó la represión para el movimiento campesino. Diferencia entre dirigencia y base social, en relación a la capacidad que unos y otros tenían de dimensionar la magnitud de la represión. Mientras los dirigentes eran plenamente conscientes de la empresa represiva, las bases campesinas no pudieron dimensionar la magnitud y alcance del terrorismo estatal y para estatal. Precisamente, para Lovey, el objetivo de la dictadura militar fue el desmantelamiento del movimiento de masas organizado, las redes comunitarias y el lazo de solidaridad tejido en las colonias en torno a la lucha y la organización campesina.

En segundo lugar, la represión aparece de manera sumamente fragmentaria en el relato de Chávez. Como dijimos, él expresa el pasado a través de una “memoria emocional”, es decir, a través del cuerpo, la postura, el tono de su voz, los silencios, la angustia y la tristeza. Estos elementos que expresan el dolor por lo vivido personalmente y por la derrota colectiva, se apartan de la lógica argumentativa. Tal como señala James (2004, p. 208) sobre el relato de vida de la obrera del frigorífico María Roldán, entre los esquemas de coherencia de cualquier relato de vida y la narración concreta de esa vida, hay un espacio. En él, la emoción, la pérdida y el duelo están ineludiblemente presentes, y por esa razón la coherencia es elusiva. Contrariamente a lo que ocurre en el relato de Lovey, en las representaciones de Chávez aparece la cuestión del desarraigo de la familia campesina tras la situación carcelaria; la cuestión del estigma perpetrado en la comunidad rural se entremezcla con el reconocimiento social y comunitario de Chávez como un líder local (Chávez ve que gracias a la identidad liguista y su rol como delegado se vio facilitada su reintegración social en la colonia).

Por último, don Jobino habla de la experiencia de la represión a las Ligas con cierta exterioridad, pese a que él y su familia sufrieron hechos de persecución y hostigamiento permanentemente por parte de las fuerzas represivas.

El ejemplo más claro de ello es su evocación sobre su propia detención ilegal, la cual no es registrada como tal. Además, en el periodo de agudización de la represión tuvo una participación activa en la resistencia: don Jobino mantenía los canales de comunicación con los dirigentes liguistas perseguidos que permanecieron escondidos en el monte. Este punto se relaciona con lo que propone Portelli en su relato sobre la muerte de Luigi Trastulli (citado en James, 2004). Portelli señala que la mayoría de los narradores sitúan el lugar de los acontecimientos de su historia dentro de un “modo” mnemónico específico. Enumera tres modos básicos: el político, el colectivo y el personal. Y sostiene que uno de los medios para manejar los acontecimientos problemáticos y mantener su coherencia en la memoria y el relato consiste en trasladarlos de un modo a otro. Las memorias sobre la experiencia represiva y el desmantelamiento de las Ligas Agrarias, además de la pérdida de familiares, vecinos y compañeros, conllevan la idea del fracaso del proyecto político. Los mecanismos mnemónicos plantean la cuestión más general del manejo de los recuerdos dolorosos en los relatos de vida. Así, permiten negociar el dolor de la derrota histórica y mantener un sentimiento de identidad y dignidad coherentes. En sus representaciones sobre la experiencia personal de la represión, y cómo esta afectó a la vida familiar y privada, don Jobino sitúa el relato en otro modo, el de “lo político” (desestimando la experiencia de la propia detención), un modo específico con el cual tramita sus propios recuerdos dolorosos.

Referencias bibliográficas

- Calvo C. (2015). La configuración de las memorias y representaciones sociales sobre las Ligas Agrarias Chaqueñas desde la apertura democrática a la actualidad (1984-2011) (Tesis de Maestría). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Da Silva Catela, L. (2003). Apagón en el Ingenio, escrache en el museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976. En P. Del Pino y E. Jelin, E. (Comps.), *Luchas locales, comunidades e identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. España: La Piqueta.
- Isla, A. (2003). Los usos políticos de la memoria y la identidad. *Estudios atacameños*, 26, 35-44.

- James, D. (2004). *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Morrison, T. (1994). The site of memory. En R. Ferguson, M. Geveer, T. T. Minh-ha y C. West (Eds.), *Out there: Marginalization and contemporary cultures* (pp. 299-305). Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.